

Sancho Panza, “entre la realidad y el deseo” (Una reflexión personal)¹

Julia ENCISO
Miguel José PÉREZ

metadata, citation and similar papers at core.ac.uk

bro

provided by Portal de Revistas

Enciso, Julia
mjp@edu.ucm.es

*Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago
en darte a conocer tan noble y honrado caballero;
pero quiero que me agradezcas el conocimiento
que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero,
en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias
escudileres que en la caterva de los libros vanos de
caballerías están esparcidas (“Prólogo”)*

Recibido: 1 marzo 2005

Aceptado: 11 abril 2005

RESUMEN

La figura de Sancho Panza es seguramente —a juzgar por las palabras del “Prólogo”— la creación literaria más lograda de Cervantes y tal vez la más apreciada y de la que más orgulloso y satisfecho se sentía su autor. En este trabajo intentamos analizar su rica y ambigua personalidad, una personalidad que es reflejo de la complicada y compleja existencia del ser humano, y que vive inmersa en una aventura que no es solo suya. Sancho Panza y Don Quijote viven conjuntamente la gran aventura de ser hombre. Es una aventura entrelazada entre la libertad individual y el compromiso de dos seres complementarios que dialogan en busca de su propia razón de ser y de su destino, debatiéndose entre la realidad y el deseo, entre la duda y la ilusión.

Palabras clave: Sancho. Don Quijote. Deseo y Realidad. Aventura.

Sancho Panza, “Between reality and desire” (A personal reflection)

ABSTRACT

Sancho Panza’s figure is surely —as for the words in the “Prologue”— the best literary creation achieved by Cervantes. It is perhaps the most appreciated and the one that his writer felt mostly proud and satisfied. In this essay, we try to analyse his rich and ambiguous personality, which is the reflection of the complicated and complex existence of the human being. He lives immersed in an adventure that is

¹ Este trabajo es, como se dice, una primera parte de una reflexión personal sobre la figura de Sancho que hemos hecho a lo largo de las muchas y reiteradas lecturas que nos ha ocupado la obra de Cervantes, y que hemos expuesto muchas veces en nuestras clases a los estudiantes, junto a los cuales hemos trabajado para mejor comprender el sentido y el simbolismo profundos que esta inmortal creación literaria encierra. No es pues un trabajo de erudición. Pensamos que la mejor manera de enseñar los valores de un personaje tan universal y de tanta profundidad humana como es Sancho Panza es precisamente analizándolo como un ser vivo dentro de su obra.

not only his. Sancho Panza and Don Quixote live together the great adventure of being men. It is an adventure intertwined between the individual liberty and the commitment of two complementary beings that discuss in the search of their own reason of being and their destiny, debating themselves between reality and desire, between doubt and illusion

Key words: Sancho. Don Quijote. Desire and Reality. Adventure.

Sancho Panza, “entre la réalité et le désir” (Une réflexion personnelle)

RÉSUMÉ

Le personnage de Sancho Panza est sans aucun doute —à en juger par ce qu’en dit le “Prologue”— la création littéraire la plus réussie de Cervantès et peut-être celle que son auteur appréciait le plus et dont il se sentait le plus orgueilleux et satisfait. Dans cet article, nous essayons d’analyser sa personnalité, riche et ambiguë, reflet de l’existence compliquée et complexe de l’être humain, qui vit plongée dans une aventure qui n’appartient pas à lui seul. Sancho Panza et Don Quichotte vivent ensemble la grande aventure d’être homme. C’est une aventure tissée entre la liberté individuelle et l’engagement de deux êtres complémentaires qui dialoguent sur la quête de leur raison d’être et de leur destin, se débattant entre la réalité et le désir, entre le doute et l’illusion.

Mots-clés: Sancho. Don Quichotte. Désir et Réalité. Aventure.

SUMARIO: 1. El personaje. 2. Una rica y compleja personalidad. 3. La aventura de Sancho. 4. Sancho, hombre libre. 5. El desencanto de Sancho. 6. Sancho, hombre maduro y fiel. 7. Referencias bibliográficas.

1. EL PERSONAJE

Desde aquella mañana en la que Sancho Panza salió de su pueblo, su horizonte vital, hasta entonces transparente y lineal, empezó a nublarse y a complicarse; su rústica cotidianidad comenzó a fluctuar “entre la realidad y el deseo”, porque sus ojos se tiñeron muy pronto de la fantasía ensoñadora de aquel hombre que un día le solicitara para ser su escudero, el escudero de Don Quijote. En efecto, Don Quijote, después de ser armado caballero, tiene muy en la memoria los consejos de su huésped, y muy especialmente el de “acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir a un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos; pero muy a propósito para el oficio escuderial de la caballería”. Y, efectivamente, en el capítulo séptimo, que podemos considerar como capítulo de reflexión y preparación para el desarrollo de la novela y las definitivas aventuras, nace Sancho por obra y gracia de Don Quijote:

En este tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien —si es que este título se puede dar al que es pobre—, pero de muy poca sal en la

mollera. En resolución tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero (I, 7)².

Sancho es hijo, pues, de la quimera de un personaje, Don Quijote, que, a su vez, ha nacido para no morir de tedio, engendrado por la mente privilegiada de un ser humano que la propia Humanidad ha denominado como “Príncipe de los Ingenios”. Sancho surge como emanación de Don Quijote; éste lo atrae a su aventura por razonamiento, lo conquista a través de la palabra. Y, si bien le pide que se disponga a ir con él “de buena gana”, tiene que prometerle, no sin cierta reserva —“tal vez le podía suceder aventura que ganase, en quítame allá esas pajas, alguna ínsula”—, el hacerle “gobernador della”.

Resulta interesante, por otra parte, ver cómo Cervantes nos va presentando, a través de los pensamientos de Don Quijote, las condiciones que debe tener —y que él exige de— la persona que va a ser su escudero, antes de que sepamos quién va a ser el elegido. Sólo al final conocemos su nombre: “Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer e hijos y asentó como escudero de su vecino” (I, 17)³.

Se ha repetido hasta la saciedad —y se sigue diciendo— que Don Quijote representa los ideales y Sancho el materialismo. Pero no podemos olvidar lo que el propio Sancho le dirá a su amo en la aventura de los batanes: “Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir a servir a vuestra merced, creyendo valer más y no menos” (I, 20). Por eso advierte Dámaso Alonso, siguiendo a Unamuno y Papini, que “Sancho es también otro caballero de otro ideal”:

¿No deja él también su lugar, su casa, su familia y su menguada hacienda por atender a las visiones de un loco? ¿Acaso no le acompaña en sus aventuras y participa en su fatiga y en sus palos? Y para el pobre escudero, allá en el confín del horizonte lejano, como otra Dulcinea encantada, está presente en todas las peregrinaciones, espejismo de la llanura, siempre cercano a la fantasía, siempre lejos de su alcance, su ideal: la ínsula (Alonso, 1962, p. 9).

Y, efectivamente, Sancho se decide a acompañar a Don Quijote en su segunda salida y lo hacen con todo sigilo:

sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese (...). Iba Sancho Panza sobre su

² Merece la pena también que nos fijemos en el retrato físico que Cervantes hace de Sancho. Recordemos que al final del capítulo 8, referente a la batalla con el vizcaíno, “el autor desta historia” la deja pendiente. Pero “el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido”; por fin encuentra aquellos “cartapacios” que contenían los manuscritos con la historia de don Quijote donde dice: “Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rétulo que decía: Sancho Zancas, y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas; que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia” (I, 9). Citamos siempre por la edición de Vicente Gaos (1987).

³ El nombre de Sancho era nombre proverbial en el refranero: “Al buen callar llaman Sancho”, que recoge Santillana y El Corbacho. Un refrán semejante que, por otra parte, alude a la prudencia en el hablar, está vivo hoy en el portugués hablado de algunas regiones: “O bom falar é calar até ser tempo de falar”, y la variante “Bom é saber calar até ser tempo de falar”.

jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido (I, 7)⁴.

Vemos a Sancho retratado en nuestra imaginación como escultura andante. Imaginamos su perfil sobre su jumento proyectándose en aquellos primeros albores del día y con toda la sabiduría popular a cuestas. Destacada junto a él, la figura enjuta y gallarda de su señor, Don Quijote, abriendo con su lanza la noche de los tiempos. Sancho se siente orgulloso de sí mismo y de acompañarle. Oímos también desde el futuro actualizado el eco lejano de su autoafirmación cuando, aprendidas ya y asimiladas las enseñanzas de su amo, le responde desde el capítulo 60 de la segunda parte: “que soy de mí señor”.

El personaje de Sancho se corresponde con un hombre de carne y hueso sacado del pueblo y, como tal, es un hombre llano y sencillamente/profundamente humano; pero —y tal vez por eso— se convertirá en manos de Cervantes para gloria de los siglos en un personaje de calado universal. Su andadura junto a Don Quijote, así como su perfil humano cual reflejo de la sabiduría popular, es lo que queremos presentar —en visión por supuesto incompleta y esquemática— a través de estas palabras que no son sino fruto de nuestra reflexión y de nuestro amor por este personaje que, pese a caminar a la sombra de su amo aunque más cerca de la tierra y de la realidad, llega a ser su guía y su sustento, su amparo en medio del desfallecimiento: “Sube, amigo y guía, que yo te seguiré al paso que quisieres” (I, 18).

La figura de Sancho se va iluminando, ante el lector, cada vez más como “un hombre de bien” lleno de humanidad y de virtud que brilla por sí solo. Y, siempre al lado de su amo, es —como dice José M.^a Jiménez Ruiz en preciosa y expresiva metáfora—

una especie de cordón umbilical que, sin apartarle por completo de sus ensoñaciones, le señala, vez tras vez, una realidad que él solo atina a ver sublimada, transformada, idealizada (Jiménez Ruiz, 2005, p. 23).

El yo de Don Quijote —sigue diciendo este autor— sería un “yo ensimismado” sin el “tú” de su escudero, que le devuelve, “como si de un eco tozudo se tratara”, el sonido de sus propios discursos y el murmullo de sus disparatadas comedias.

2. UNA RICA Y COMPLEJA PERSONALIDAD

Uno de los personajes de ficción —a nuestro parecer— más ricos, más completos y más complejos que hallamos en la literatura universal es ciertamente Sancho Panza, en cuanto reflejo fiel de la complicada existencia del ser humano; entre otras razones porque entra en un mundo que —digámoslo

⁴ Véase nuestro comentario sobre este pasaje en “Don Quijote-Sancho / Sancho-Don Quijote: Enseñanza-aprendizaje a través del diálogo y la aventura”, conferencia de clausura del VIIIº Congreso Internacional de la SEDLL, pronunciada en La Habana el 9 de diciembre de 2004 (Pérez, 2005).

bien claro: **sólo en apariencia**—⁵ sobrepasa los límites de su comprensión y es totalmente desconocido para él.

Como hombre criado en contacto diario con la tierra y la existencia vital, y acostumbrado a una vida de austeridad, y hasta de sacrificio, propia del ser humano sobre todo en semejante situación, Sancho destaca por su simplicidad, su sencillez, su ingenio, su gracia y, sobre todo, por su bondad natural y su sabiduría popular. Asimismo, aparece en medio de los demás personajes como un hombre pragmático que ajusta su comportamiento a las más diversas situaciones. Y Cervantes se ve obligado a presentarlo así⁶.

Naturalmente que esas cualidades de nuestro escudero las tiene de su natural, pues sabemos que Sancho no es un hombre cultivado por la cultura oficial y dirigida. Sabemos que no sabe leer ni escribir, como lo atestigua él mismo en varias ocasiones. Basta con que recordemos la respuesta que da a Don Quijote en una de sus primeras intervenciones: Así, después de preguntarle éste si ha “leído en historias otro que haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar” que él, le contesta: “La verdad sea que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir” (I, 10)

Ya hemos visto cómo Don Quijote le elige, entre otras razones, por ser “hombre de bien”. No pensamos que Don Quijote considerara que cualquier persona, incluso cualquier persona que fuera pobre y con poca inteligencia, valía, no; sino que sabemos que Don Quijote iba a trasladar a ese “pobre villano” a su mundo fantástico porque, por encima de todo, éste era **un hombre de bien**. Sabemos que para Cervantes lo importante es ser bueno; y él mismo le llama “compasivo escudero” (I, 18).

Así también, cuando en la escena de los yangüeses Don Quijote le avisa de que “cuando veas que semejante canalla nos hace algún agravio (...), pon tú mano a tu espada y castígalos”, el propio Sancho le responde:

Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar. Así que séale a vuestra merced también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano a la espada, ni contra villano ni contra caballero, y que, desde aquí para delante de Dios, perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho o haga o haya de hacer persona alta o baja, rico o pobre, hidalgo o pechero, sin eceptar estado ni condición alguna (I, 15).

Destaca ya aquí la seguridad que Sancho tiene en sí mismo, según veremos más adelante. Sabemos que Don Quijote se dirige a Sancho, en numerosas ocasiones, con el apelativo de “bueno”, el cual destaca sobremanera entre los otros muchos calificativos que emplea y que contribuyen a convertir el diálogo en una conversación

⁵ Tal vez sea este hecho, y hasta la propia figura del personaje “Sancho Panza”, el más claro ejemplo y el más hermoso de la profunda ironía cervantina que recorre, de principio a fin, el libro como un río subterráneo que todo lo empapa.

⁶ Igual que se ve obligado a presentar “loco” a Don Quijote: “En ese ‘hacer loco’ a su héroe va embozada la última palabra del autor”, dice Martín-Santos (1979, p. 63).

variadísima, amena y llena de humor. Un diálogo que, a la vez, demuestra el profundísimo conocimiento que Cervantes tenía de la condición humana. Entre esos apelativos queremos recordar algunos de los que consideramos más significativos:

“Amigo y guía”. Ya hemos aludido a esto más arriba. El episodio de los rebaños, que Cervantes trata con genial maestría y sencillez cuando nos dice de los pastores que “desciñéronse las hondas y empezaron a saludarle los oídos con piedras como el puño”, y luego “llegó en esto una peladilla de arroyo y, dándole de un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo”, termina con Don Quijote en el suelo, sin dientes y mal parado. Al final del capítulo dice resignado: “Mas a todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería. Sube, amigo y guía, que yo te seguiré al paso que quisieres” (I, 18).

“Discreto”. En la escena de los batanes, cuando Sancho le reprocha que le haya intentado dar con la lanza pero al mismo tiempo echa mano del refrán “Ése te quiere bien que te hace llorar”, Don Quijote le responde: “Perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre” (I, 20)

De **“corto entendimiento”**. Cuando Don Quijote le recrimina que aún no haya comprendido las cosas de la caballería andante porque Sancho se asombre de que no salga del error, “en más de cuatro días”, de confundir la bacía con el yelmo de Mambrino, le dice: “Mira, Sancho, por el mismo que denantes juraste te juro que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo” (I, 25).

“Grande hablador”. Es éste un epíteto del que Don Quijote echa mano en varias ocasiones, con lo cual Cervantes nos está indicando uno de los valores más apreciados en las relaciones humanas. Amo y escudero están hablando de Dulcinea y de cómo este último debe llevarle la carta que Don Quijote le ha escrito: “Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, que eres muy grande hablador y que, aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas, para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero que me oyas un breve cuento” (I, 25). Como vemos, Don Quijote no se limita al epíteto antedicho sino que en el párrafo encontramos otros apelativos que nos confirman la idea de la complejidad del escudero Sancho.

“Cobarde”. Después del episodio de los galeotes, Sancho que va conociendo muy bien a Don Quijote (“Así escarmentará vuestra merced como yo soy turco”) le advierte que le haga caso ahora y se escondan en la sierra “porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da a ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís, y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos”. Entonces Don Quijote le replica: “Naturalmente eres cobarde, Sancho, pero, porque no digas que soy contumaz y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tú tanto temes” (I, 23). Sabido es, por otra parte, que el término “cobarde” era en aquella época equivalente a “villano”, pues había una conciencia social que identificaba a estas personas con la cobardía⁷.

“Escudero fiel y legal”. Al comienzo del capítulo de los batanes, Cervantes nos presenta a Sancho y a su señor “fatigados”, más por la sed que por el hambre,

⁷ Hoy nos llama poderosamente la atención esa equivalencia. Lo mismo sucedía con el término “bueno”, que generalmente se les negaba a los pobres, a los humildes e indigentes.

entrándose en un paraje frondoso y lleno de árboles. Don Quijote, “acompañado de su intrépido corazón”, saltó sobre Rocinante en espera de acometer a los imaginarios enemigos que tanto ruido hacían, y dirigiéndose a su escudero le dice: “Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro (...). Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo de estos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la Luna” (I, 20). Una vez más Cervantes hace que Don Quijote demuestre su fe absoluta en la fidelidad de su escudero.

Como vemos, los apelativos a los que Don Quijote recurre cada vez que se dirige a su escudero expresan el estado de ánimo propio de cada situación en la que se encuentran. Sin embargo no podemos olvidar que aquellos que nos parecen en cierto modo despectivos siempre van teñidos del profundo cariño y confianza que siente por él; y son como las advertencias que un padre hace a su hijo, y nacen además de forma espontánea como producto del trato diario que genera una amistad tan profunda como la que une a estas dos almas gemelas. Aparte de los que acabamos de citar, cada uno dentro de su contexto para su mejor comprensión, aparecen otros muchos: “señor alegre”, “pecador”, “don ladrón”, “villano”, “mal cristiano”, “ignorante”, “mal andante escudero”, “bellaco villano”, “socarrón de lengua viperina”, y otros muchos, a veces ensartados como en ristra sobre todo cuando muestran su irritación (véase, muy especialmente, I, 46).

2.1. SANCHO, HOMBRE PRÁCTICO

Sancho aparece, asimismo, como un hombre sensatamente pragmático que ajusta su comportamiento a las diferentes situaciones (“pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes”); situaciones que se le presentan en su carrera escudiril, de las que sale habitualmente airoso gracias a su profunda sabiduría popular, que se manifiesta a través de su particular ingenio, su gracia y su espontánea y natural astucia.

Y esto, hasta tal punto que, en más de una ocasión, es él quien lleva las riendas de los acontecimientos. Así, entre otros muchos casos que podríamos enunciar, recordamos en primer lugar el que acabamos de citar referente a la huida de “la furia” de la Santa Hermandad, y cómo Sancho le responde con unas palabras llenas de sabiduría, y con las que da a Don Quijote toda una lección de prudencia y sensatez: de dignidad humana, de bien hacer:

Señor, que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja a la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un día. Y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno; así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, o si no yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora más los pies que las manos (I, 23).

Y ocasiones hay en que su intervención consigue que Don Quijote no continúe con sus desvariados propósitos, como sucede, por ejemplo, en el episodio del cuer-

po muerto cuando su señor se empeña a toda costa en descubrir el rostro del mismo. Pero en esta ocasión “no lo consintió Sancho, diciéndole”:

Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más a su salvo de todas las que yo he visto; esta gente, aunque vencida y desbaratada, podría ser que cayese en la cuenta de que los venció una sola persona, y, corridos y avergonzados desto, volviesen a rehacerse y a buscarnos, y nos diesen en qué entender. El jumento está como conviene, la montaña cerca, el hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compás de pies, y, como dicen, váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza⁸ (I, 19).

Sancho se expresa ahora, como en tantas ocasiones, con una mezcla de sagacidad, astucia e ironía, propias de esa sabiduría que le ha dado el conocimiento del comportamiento humano. Además, ¿no vemos en estas palabras, que bien podían haber sido pronunciadas por el saber autorizado del propio Don Quijote, cómo Sancho le da una admirable lección de prudencia y sentido práctico, inherentes al conocimiento profundo de la vida que él tiene? El recurso del que se vale es de tal acierto psicológico y está tan seguro de convencer a su amo, que el resultado no podía ser otro. Así, “antecogiendo su asno, rogó a su señor que le siguiese; el cual, pareciéndole que Sancho tenía razón, sin volverle a replicar le siguió”. Luego Cervantes los entra “en un espacioso y escondido valle, donde se apearon; y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron a un mismo punto”.

En muchos momentos sabe salir airoso de los trances más difíciles. Así sucede, por poner un solo ejemplo, en la aventura de los batanes donde Sancho, que, a pesar de ser —como dice el propio Cervantes— “medroso y de poco ánimo” y de estar cagándose de miedo (en el sentido literal de la expresión), echa mano de su natural recurso y “sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos pies a Rocinante, de manera que cuando don Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podía mover sino a saltos” (I, 20).

2.2. SANCHO, VISTO POR LOS DEMÁS

No es infrecuente que los personajes que acompañan a los protagonistas principales, a lo largo de sus intervenciones, los vean como personas faltas de juicio⁹. En lo tocante a Sancho, hay una mezcla de necia ingenuidad y de locura, fascinado por las fantasías y las promesas de su amo. Así, cuando estando en la venta pide “un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores

⁸ Resulta interesante comprobar como ese refrán ha ido mejorando, en la boca del pueblo, en lo que a su expresividad poética rítmica y formal se refiere: “El muerto al hoyo y el vivo al bollo”, decimos hoy.

⁹ Naturalmente sabemos que Don Quijote siembra la duda en muchos —por no decir en todos— de los que le conocen y tienen la ocasión de hablar largamente con él. Recordemos especialmente, y como un ejemplo señero, las palabras que el Caballero del Verde Gabán, a la pregunta de su hijo, le dice sobre Don Quijote: “No sé lo que te diga, hijo; sólo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos” (II, 18).

caballeros andantes que hay en la tierra”, comenta Cervantes: “Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso” (I, 17). Más adelante, en el capítulo de “las sabrosas altercaciones” que sostiene Don Quijote con el canónigo, el autor expone los pensamientos interiores de éste:

Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates que don Quijote había dicho, del modo con que había pintado la aventura del Caballero del Lago, de la impresión que en él habían hecho las pensadas mentiras de los libros que había leído, y, finalmente, le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahínco deseaba alcanzar el condado que su amo le había prometido (I, 50).

Con anterioridad, a lo largo del desarrollo de las escenas que ocurren en la venta, cuando Sancho casi se ve dueño y señor de un reino tras las promesas de la “Princesa Micomicona” quiere besar sus manos de tantísimo contento como tiene. Entonces oímos de nuevo estas palabras del autor, que como desde un ángulo superior parece estar por encima de todos ellos: “¿Quién no había de reír de los circunstantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado?” (I, 30). En este momento, como en otros semejantes, nos parece asistir a la representación de un esperpento de Valle-Inclán. Sí, pues igual que éste, que contempla a sus personajes desde lo alto para reírse de ellos, también Cervantes contempla a los suyos desde arriba, ya que en este caso —junto a los dos protagonistas que, ahora, se unen a la visión cervantina— aquéllos son vistos como peleles incapaces de comprender ni la locura del caballero ni la simplicidad del criado.

El mundo de estos personajes (venteros, cuadrilleros, canónigos, arrieros, doro-teas, barberos, bachilleres...—sacados de la realidad viviente y a la vez fingidos—) es un mundo ramplón y mediocre, del que Cervantes intenta salvarlos sacándolos de la atonía de su vivir. Su mente es como la del clérigo que se sentaba a la mesa de los duques: “de éstos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; de estos que, queriendo mostrar a los que ellos gobiernan a ser limitados, les hacen ser miserables” (II, 31).

Cervantes conocía muy bien el valor de la risa liberadora, jovial (¿quién no ha oído hablar de “la risa cervantina”?)¹⁰. Y este poder de hacer reír es una concesión especial que el autor de *El Quijote* hace a Sancho. Su particular gracia es alabada por todos, hasta por el mismo Don Quijote; así, cuando Sancho le pone el nombre de “El Caballero de la Triste Figura”, dice Cervantes: “Rióse don Quijote del donaire de Sancho” (I, 19). Como siempre, sus comportamientos son complejos y sus ingenuos razonamientos resultan ser sabrosísimos y llenos de ingenio y de gracia.

Gracias a Sancho la tragedia se dulcifica; se atempera la ira de Don Quijote. Sancho es como el bálsamo que cura la soledad del Caballero de la Triste Figura. Ambos personajes mantienen un compromiso consigo mismos y cada uno con el otro; tienen autonomía propia, y a la vez se amparan mutuamente.

¹⁰ Bien conocida es la sentencia de uno de los más eximios editores, F. Rodríguez-Marín: “La primera vez que se lee *El Quijote* hace reír; la segunda, hace pensar; y la tercera, hace llorar”.

3. LA AVENTURA DE SANCHE

Amo y criado, caballero y escudero se han embarcado juntos en la misma aventura: la aventura de su realización personal, la aventura de la búsqueda de un ideal. Dos personas de cultura y clase social diferentes abandonan sus respectivas “patria y familia”, por motivaciones diferentes, pero para vivir, como hemos dicho, una misma aventura. Solo llevan sobre sí la ilusión.

El uno sueña con el gobierno de alguna ínsula o reino o condado: un nuevo día amanece para él porque se convierte en algo todavía lejos de su comprensión, en escudero de caballero andante. Aquel amanecer era más luminoso que todos los que había vivido hasta entonces. El otro decide asomarse al mundo para cambiarlo, para llenarlo de dulcineas, para hacerlo más bello: Dos ilusiones, dos salidas de una realidad tediosa a la busca del deseo; dos corazones que latén al compás de sus cabalgaduras; dos formas de ver la realidad, dos miradas distintas que ampliarán la visión de un mundo complejo; pero, no obstante, dos miradas complementarias, que se dan la mano en aquel mismo caminar.

3.1. SANCHE, CAMINO DE LA AVENTURA: “SU LOCURA”

La seguridad que tiene Don Quijote en sí mismo (“Yo sé quién soy”, I, 4), unida a las promesas con las que logra convencerle, hacen que Sancho se deje seducir por la fuerza de su persuasión y le siga confiado plenamente en él. Y pronto quedará fascinado ante las aventuras de su amo, fraguadas en el mundo quimérico de su cerebro. Pero lo que más fascinación le va a producir de Don Quijote es, de manera muy especial, la fuerza de su palabra; unas palabras que él, Sancho, no entendía pero cuyo valor —como sucede en el mundo de los niños— intuía, porque eran nuevas para él y nunca oídas, nunca dichas con aquel ilusionado empeño: “Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna” (I, 19). Y eran palabras sabias, llenas del poder de la convicción y urdidas con los hilos de la verdad, una verdad que iba tejiendo aquella historia “verdadera”. Allí no tenía cabida la mentira, porque así lo quería su autor, Cervantes.

Este amor por la verdad irá germinando en el alma permeable de Sancho porque éste estaba hecho, ante todo, de bondad, y fervientemente motivado por el deseo de vivir una vida más prometedora que la de su aldea. Sancho, hombre de bien, acompaña a Don Quijote dominado por la ilusión de sus promesas, pero al mismo tiempo le va a servir —según dijimos ya— de guía en numerosas ocasiones tratando de que su señor ponga los pies en la tierra, como vemos en este párrafo:

Peor será esto que los molinos de viento —dijo Sancho—. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera. Mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe (I, 8).

Pero Don Quijote había nacido para velar, para aventurarse; y esa realidad le venía estrecha a un espíritu esencialmente activo, y así le contesta a Sancho, convencido de la verdad de sus principios: “Ya te he dicho, Sancho, que sabes poco de achaque de aventuras: Lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás” (I, 8). A pesar de que Sancho ve las cosas tal como son en la realidad, es tal la fe y confianza que tiene en su señor que acaba inmerso en ese mundo, iniciando su proceso de quijotización; un proceso rápido, ascendente, aunque con altibajos. Ese proceso comienza ya en ese mismo capítulo cuando exclama, viendo que Don Quijote se lanza contra los molinos de viento: “A la mano de Dios: yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice” (I, 8).

Ante esta reacción de Sancho, no podemos por menos de considerar el efecto que en él producen las palabras de su señor. Palabras que como una lluvia mansa van cayendo sobre el humilde escudero, y que éste, a su vez, le va a devolver como en un sabroso concierto de voluntades. Así lo ve Cervantes cuando Don Quijote dialoga con uno de los personajes que asisten al entierro de Grisóstomo:

Con gran atención iban escuchando todos los demás la plática de los dos y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro don Quijote. Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sabiendo él quién era y habiéndole conocido desde su nacimiento (I, 13).

Por otra parte, vemos también a Sancho asombrado ante el ánimo esforzado y la valentía de su señor como nos lo recuerda el mismo Cervantes al recoger el pensamiento silencioso del escudero: “Sin duda, este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice”. Sancho Panza aparece embobado observando las acciones de su señor. Nos parece ver a Cervantes y Sancho conjuntamente como testigos ambos de la valentía de Don Quijote y hasta del garbo de Rocinante al que parecía que “le habían nacido alas”. Además, Sancho, que en esta ocasión tiene el placer añadido de abastecer su despensa, queda deslumbrado ante el valor de su amo:

Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama el Caballero de la Triste Figura (I, 19).

Sabemos que la locura de Don Quijote es lineal, siempre actúa siguiendo las normas rígidas de la caballería andante. Y Cervantes, directamente o a través de sus personajes, insiste en que la locura de su héroe sólo se pone de manifiesto cuando se trata el tema de los libros de caballerías. En cambio la locura de Sancho —que es oscilante—, cuando se manifiesta, aparece como producto de la confluencia de diversos factores, ya aludidos, que conforman su compleja personalidad —y sobre todo ante el deseo de conseguir el gobierno de la ínsula prometida, según veremos más adelante—. Así, cuando Sancho intenta recordar ante el cura y el barbero la carta que Don Quijote ha escrito a Dulcinea, dice Cervantes:

Decía esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehe-

mente había sido la locura de don Quijote, pues había llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre (I, 26).

Asimismo, cuando Sancho defiende la dignidad de su señor y afirma que “así va encantado mi señor don Quijote como mi madre”, le responde el barbero: “¿También vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo?”.

A lo largo del desarrollo del extenso episodio de la princesa Micomicona, Sancho vive uno de los momentos más embriagadores de su historia escuderial, donde ve ya cercano el gobierno de su ínsula. Así le dice al señor licenciado que no permita que le dé a Don Quijote por hacerse arzobispo, sino “que le aconseje que se case luego con esta princesa”, pues de ese modo “vendrá con facilidad a su imperio, y yo al fin de mis deseos” (I, 29).

Nos encontramos con un Sancho ansioso por que se cumplan sus deseos, y, por eso mismo, totalmente metido en esa locura pergeñada entre el deseo de alcanzar una realidad imposible, pero ahora para él no solo posible sino además muy cercana, y su sentido práctico de la vida. Así lo contempla Cervantes al transmitirnos los pensamientos del cura, cuando comprueba el desasosiego de Sancho:

Con lo que quedó tan contento Sancho cuanto el cura admirado de su simplicidad y de ver cuán encajados tenía en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba a entender que había de venir a ser emperador (I, 29).

3.2. UN QUEHACER COMPARTIDO

Estamos asistiendo al nacimiento de una amistad basada en la verdad y el amor y que se acrisola en el diálogo. Expresiones como las que usa Don Quijote al dirigirse a Sancho, tales como **amigo**, **hermano**, **hermano Panza**, son prueba evidente de que el caballero cuenta con el amoroso apoyo de su fidelidad. Sancho, por su parte, siente muy pronto que el quehacer de Don Quijote le va a concernir también a él. Así en la aventura de los rebaños leemos:

Con tanto ahínco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino a creer y a decirle:

—Señor, pues ¿qué hemos de hacer nosotros?

—¿Qué? —dijo don Quijote— favorecer y ayudar a los menesterosos (I).

La aventura bien merecía la pena. Entiende, pues, Sancho que la quimera de su señor proyectaría su sombra sobre él. Así se lo dice el mismo S al muchacho Andrés (I, 4) que reaparece en el capítulo 31, en uno de los momentos más dramáticos y dolorosos de la historia en el que un golpe cuasi mortal cae sobre el Caballero de la Triste Figura. Espectador de la escena y espectador de sí mismo, Sancho asume esa realidad que se impone con más dureza que nunca frente a aquel deseo que tanto tardaba en cumplirse; y así le da a Andrés lo poco que tiene:

—Tomá, hermano Andrés; que a todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.

—Pues ¿qué parte os alcanza a vos? —preguntó Andrés—.

—Esta parte de queso y pan que os doy —respondió Sancho—, que Dios sabe si me ha de hacer falta o no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos a mucha hambre y a mala ventura, y aun a otras cosas que se sienten mejor que se dicen (I, 31).

Sancho, efectivamente, se da cuenta y es consciente de que no le han de faltar momentos de infortunio y que habrá de pasar hambre y malaventuras.

3.3. QUEHACERES DISTINTOS. VISIONES DISTINTAS DE LA REALIDAD

No obstante y pese a lo que acabamos de exponer, cada uno de nuestros personajes tendrá sus propias tareas y limitaciones; y así Sancho conoce pronto que no podrá ayudar a Don Quijote hasta que no fuere armado caballero. Así, su amo le previene de que no le defienda cuando le vea en peligro por la ofensa de algún caballero:

Mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero, si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero (I, 8).

Asimismo Don Quijote le dice a Sancho que un caballero no se puede quejar de dolor, y que, por lo tanto, a él en cuanto caballero andante “no le es lícito quejarse de herida alguna aunque se le salgan las tripas por ella”. Sancho le contesta que él sí se quejará del más mínimo dolor que tenga, “si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse” (I,8). Ante esta respuesta comenta Cervantes:

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y, así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería (I, 8).

Por otra parte, también observamos que Don Quijote le advierte a Sancho cómo deben mantener las distancias los escuderos respecto de sus amos. En este sentido destaca la conversación que mantienen durante el episodio de los batanes. Sabemos que Sancho tiene un miedo tan grande que ese mismo miedo fue la causa de que “se hallara libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado”, como dice Cervantes en humorística y deliciosa perífrasis. Ante este hecho irrespetuoso de Sancho, aunque apremiado por la necesidad, le ordena Don Quijote:

Retírate tres o cuatro allá, amigo —todo esto sin quitarse los dedos de las narices—, y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes a la mía; que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio (I, 20).

En estos coloquios se marcan las distancias que es necesario mantener entre los dos personajes, pues “es menester hacer diferencia de amo a mozo, de señor a

criado y de caballero a escudero”; al mismo tiempo que le hace las siguientes consideraciones:

...y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo: que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo (...). Así que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo (I, 20).

Cervantes quiere, como es evidente ya desde el principio, hacer un complejo retrato de la realidad. Quiere que su narración resulte vaga, imprecisa, ambigua; quiere llegar hasta el fondo de la complejidad existencial del ser humano; y hace que cada personaje viva su propia aventura personal, amoldando la realidad a sus necesidades y a su fantasía, de modo que cada uno tendrá su particular visión de las cosas. Baste con recordar el episodio del yelmo de Mambrino. Así, Don Quijote descubre

un hombre a caballo que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y aun él apenas le hubo visto, cuando se volvió a Sancho y le dijo (...): hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino (I, 21).

Evidentemente, como dice Cervantes, “todas las cosas que veía [Don Quijote] con mucha facilidad las acomodaba a sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos”. Pero Sancho, ante las reiteradas preguntas retóricas con las que Don Quijote responde a la incredulidad de su escudero, le contesta: “Lo que yo veo y columbro no es sino un hombre sobre un asno pardo, como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra” (I, 21). Sancho, a pesar de esa visión profunda e intuitiva que tiene de la realidad, casi siempre termina creyendo en ese mundo imaginario de su amo.

4. SANCHO, HOMBRE LIBRE

En este proceso de realización quijotesca y personal de Sancho, nuestro escudero comienza pronto a sentirse libre como su amo y anticipadamente dueño de sí mismo, como ya dejamos dicho en el primer epígrafe (“que soy de mí señor”). La seguridad con que vemos que actúa Sancho queda patente ya desde el principio, cuando Cervantes lo presenta montado en su asno rebosando una alegría que nos recuerda, en correlación poética, la que Don Quijote siente al comienzo del capítulo cuarto tras ser armado caballero. Merece la pena que repitamos el pasaje: “Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido” (I, 7).

En este tema —fundamental como es bien sabido a lo largo de toda la obra— queremos referirnos solamente a alguno de los episodios que, a nuestro parecer, merecen tenerse presentes.

Cervantes hace que destaque el pensamiento que va a ser el hilo conductor de la voluntad de Sancho que le lleva a sentirse capaz de ser gobernador, pensamiento que va a formar parte de su locura.

Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar, por grande que sea (I, 7).

Este deseo se manifiesta permanentemente, con frecuencia de un modo explícito, y siempre vivo en el subconsciente. Pero Sancho no solo se siente capaz de ser un buen gobernador (“y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo de esto que llaman buen gobierno”, I, 23) sino que también sabe colocarse al nivel de los poderosos o incluso por encima de ellos porque se siente más libre que ellos. No tiene nada (“cuanto más, que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano”, I, 25).

Cuando Don Quijote le ordena que se siente a su lado para comer en aquella cena que tienen con los cabreros, la defensa de su libertad personal le lleva a decir a su amo, tras agradecerle a su señor la “honra” que le hace, estas palabras:

Y aun, si va a decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar, ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo (I, 11).

Queremos, asimismo, hacer hincapié en que esta libertad individual de Sancho le permite “enfrentarse” también a Don Quijote, y desde muy pronto, tal como acabamos de decir en el epígrafe anterior (3, 3), con la respuesta que Sancho da a Don Quijote referente a que al caballero andante “no le es dado quejarse de herida alguna” (I, 8).

Aparte de otros muchos episodios en los que destaca esta defensa de su propia personalidad, debemos recordar finalmente la reacción de Sancho frente a Don Quijote cuando éste pretende azotarle aprovechando que está dormido:

—¿Qué es esto? ¿Quién me toca y desencinta?

—Soy yo —respondió don Quijote— (...): véngote a azotar (...).

—Eso no —dijo Sancho—, vuesa merced se esté quedo; si no, por Dios verdadero que nos han de oír los sordos. Los azotes a que yo me obligué han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme: basta que doy a vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere (II, 60).

5. EL DESENCANTO DE SANCCHO

Es bien sabido que Sancho sale de su aldea con la ilusión del gobierno de la ínsula, pero ya hemos ido viendo que serán otros los derroteros los que le lleven con frecuencia —como a su amo— por el camino de la desventura. Nos preguntamos si creería él en la ínsula; si creía que su amo había ganado alguna de aquellas batallas; o si creía que había dado muerte a algún gigante...

Asimismo, nos preguntamos cómo ese hombre alimentado con la savia de la sabiduría popular, enraizado en el pequeño mundo doméstico de su aldea, pudo ir asimilando tan rápidamente tal variedad de aconteceres. ¿Acaso pudo creer por algún momento en el bálsamo de Fierabrás? Vemos como Don Quijote le explica que, si en alguna batalla le parten por medio del cuerpo, recoja “la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sutileza, antes que la sangre se hiele”, la ponga sobre la otra mitad. Y sigue diciéndole: “Luego me darás a beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verasme quedar más sano que una manzana”. Entonces el bueno de Sancho contesta entusiasmado y crédulo: “Si eso hay, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios” (I, 10).

Capítulos más tarde, después de los apaleamientos de que son objeto en la venta, y a Don Quijote se le ocurre tomar el milagroso bálsamo, éste surte un efecto bienhechor en él; pero cuando Sancho lo toma le revuelve todo el cuerpo y, al decirle su señor que eso le habrá pasado por no ser todavía caballero, entonces exclama airado y desencantado: “guárdese su licor con todos los diablos y déjeme a mí” (I, 17).

En más de una ocasión Sancho lleva las de perder y en algún momento lo encontramos desfallecer. Entonces es Don Quijote quien tiene que recurrir a su ascendencia sobre su escudero para ayudarlo dándole ánimos. Así, por ejemplo, tras la pendencia con los yangüeses cuando ambos están molidos, le dice: “déjate de eso y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, que así haré yo y veamos cómo está Rocinante, que, a lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte de esta desgracia” (I, 15). Impresionante y dolorosa escena es ésta en que Cervantes nos presenta cómo el pobre escudero tiene que sacar fuerza de flaqueza:

Y despidiendo treinta ayes y sesenta suspiros y ciento y veinte péselos y reniegos de quien allí le había traído, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino, como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse; y, con todo este trabajo, aparejó su asno, que también había andado algo distraído con la demasiada libertad de aquel día (I, 15).

El relato continúa, ahora, con la visión humanizada y lancinante con que el autor nos presenta la escena en que “auxilia” a Rocinante:

Levantó luego a Rocinante, el cual, si tuviera lengua con qué quejarse, a buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga (I, 15).

Estamos ante uno de los momentos en que más lástima sentimos por Sancho y en que más destaca su bondad natural. Incluso nos parece sentir que nuestra simpatía, y hasta nuestra compasión, se acercan más a la persona del escudero que a la de su señor.

Tras lo sucedido en la venta, y especialmente después del “manteamiento” con que humillan a Sancho, comienza a flaquear su ánimo. Así, en el coloquio que tiene lugar entre amo y escudero y mientras Don Quijote le va dando ánimos para que tenga paciencia, que “día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio”, Sancho se va debatiendo entre la confianza que tiene en su señor y su propio desencanto, debido al cúmulo de desventuras que le acaecen, porque

después acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice (I, 18).

Ya poco antes Sancho da muestras de sentirse desencantado de todo y quiere volverse a su aldea “ahora que es tiempo de la siega y de entender en la hacienda”. Por eso le dice a su señor:

Y yo lo que saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer a tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pie derecho (I, 18).

Asimismo, tras el episodio de los rebaños, que termina, naturalmente, en fracaso; y tras la vomitona con que “quedaron entrambos como de perlas” Sancho siente tal desánimo, sobre todo cuando comprueba que le faltan las alforjas, que “propuso en su corazón de dejar a su amo y volverse a su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula”. Sancho está tan abatido que Don Quijote, al verle “de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo además, con muestras de tanta tristeza”, que no puede por menos de recurrir a su poder de persuasión y a su ascendencia sobre él para animarle:

Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas (I, 18).

Por otro lado, como Sancho es “un gran hablador” y siente un grandísimo impulso por comunicar a su amo su rico mundo interior y cuantas cosas se le van ocurriendo, lamenta que Don Quijote le haya prohibido hablar tanto con él. Y eso le produce una gran desazón; y así se lo hace ver a su señor hasta el punto de querer abandonarlo:

Señor don Quijote, vuestra merced me eche su bendición y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver a mi casa y a mi mujer y a mis hijos, con los cuales, por lo menos, hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida (I, 25).

Y, para destacar aún más la soledad que le produce su silencio, recurre al ejemplo clásico de las fábulas:

Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempos de Guisopete, fuera menos mal porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana y con esto pasara mi mala ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y, con todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo (I, 25).

Finalmente, el desaliento de Sancho cobra más impulso cuando siente que él mismo no puede “sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas” que dice su señor porque “todo debe de ser cosa de viento y mentira”. A pesar de la respuesta que recibe de Don Quijote, las dudas del escudero no acaban de desvanecerse, pues siguen siendo frecuentes. Y, así, más adelante, cuando el ventero dice que él nunca se haría caballero andante, viendo cuán atento ha estado Sancho a estas palabras, comenta Cervantes:

Sancho (...) quedó muy confuso y pensativo de lo que había oído decir que ahora no se usaban caballeros andantes y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos a su acostumbrado trabajo (I, 32).

6. SANCHO, HOMBRE MADURO Y FIEL

En el desarrollo de este trabajo hemos ido saboreando una historia de amistad entre dos alma gemelas amasada a través de un diálogo cada vez más profundo, cada vez más íntimo, en el que se muestra cómo Don Quijote llevado del cariño por su escudero proclama abiertamente que Sancho bien podía ser armado caballero, es decir, alcanzar la misma dignidad que el propio Don Quijote, tal como nos lo dice su autor, Cervantes:

Ya estaba don Quijote delante, con mucho contento de ver cuán bien se defendía y ofendía su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazón de armalle caballero en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la orden de la caballería (I, 44).

Son numerosos los momentos en que Don Quijote nos muestra el profundo cariño y aprecio que va sintiendo por su escudero, y que vemos a lo largo de toda la obra; pero es en la segunda parte donde ese cariño llega a transformarse en admiración. Así nos muestra su absoluta confianza en él: “yo confío en su bondad y buen proceder que no me dejará, en buena ni en mala suerte”; más adelante, recordando que Amadís de Gaula hizo conde de la Ínsula Firme a su escudero, añade: “puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer conde a Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido” (I, 50).

Y cuando, ya casi al final, los dos héroes regresan a su casa, derrotados sí pero no vencidos sino ilusionados, Don Quijote le pide a Sancho que se dé los azotes redentores y termina con una frase en latín que, lógicamente, el pobre escudero no comprende. Entonces el diálogo continúa de esta manera:

—No entiendo eso —replicó Sancho—: Sólo entiendo que en tanto que duermo ni tengo temor ni esperanza, ni trabajo ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita el hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templará el ardor, y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece a la muerte, pues de un dormido a un muerto hay poca diferencia.

—Nunca te he oído hablar, Sancho —dijo don Quijote—, tan elegantemente como ahora; por donde vengo a conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: “No con quien naces, sino con quien paces” (II, 68).

Por su parte, Sancho, que se ha ido abriendo paso en aquella selva de caminos, de ventas, de historias caballerescas, de encuentros circunstanciales e inesperados, siempre guiado de la palabra que tanto le fascina y que, a veces, también le confunde y le lleva a la reflexión y a la duda, sabe salir adelante sintiéndose seguro de sí mismo, de sus actos y hasta de sus opiniones.

Sancho va siendo, cada vez más, consciente del enorme valor humano de su señor, a quien defiende con palabras llenas de sabiduría siempre que la ocasión lo requiera. Asimismo, se va dando cuenta de lo que su propia compañía ha supuesto para su amo (“pues no se podía esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor el de la Triste Figura como de la grandeza de mis servicios”, I, 47). Es posible que aquel “hombre de bien” no tuviera tan “poca sal en la mollera”, si es que esta frase no responde también a una de las innumerables ironías de Cervantes.

Como llevamos visto, la figura de Sancho junto a Don Quijote, así como su comportamiento, resulta ser de una enorme complejidad —como la misma vida—: encontramos en él un permanente fluctuar de vivencias, emociones y deseos, a veces contradictorios. Su deambular aventurero se debate entre la realidad y el deseo: Está deseoso de conseguir el gobierno de la ínsula prometida, pero la realidad acaba imponiéndose sobre los sueños.

A pesar de todo, al final lo vemos totalmente ilusionado y embutido en el mundo quimérico de su amo. Solo así podemos comprender lo que le responde, al final de la primera parte, a su propia mujer, cuando le pregunta por sus andanzas con Don Quijote y ¿qué es eso de “señorías, ínsulas y vasallos”? “Sólo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras” (I, 52). Y sólo así podemos comprender lo que le dice a su amo antes de morir:

No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía (...). Levántese de esa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada (II, 74).

Ambos héroes consiguen que esa complejidad del mundo y del hombre embutido en ese mundo que habita, como personajes desbordados por su propia y sabia “locura”, se aloje directa o indirectamente en todos y cada uno de los personajes que pueblan ese impresionante y conmovedor paisaje del universo humano. Por eso El Quijote “no es sólo esta obra prototípica de un género multiforme; es también una gran creación poética que ha obrado en el espíritu del hombre moderno con la fuerza irresistible de los mitos y símbolos más profundos de su destino” (Murillo, 1984, 9).

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALONSO, D. (1962): “Sancho-Quijote. Sancho-Sancho”, en *Del siglo de oro a este siglo de siglas*, Madrid, Gredos, pp. 9-19.
- CERVANTES, M. de (1987): Edic. de Vicente Gaos, Editorial Gredos, Madrid, 3 volúmenes (el 3.º, de estudios sobre *El Quijote*).
- GAOS, V. (1987). Véase CERVANTES.
- JIMÉNEZ RUIZ, J. M. (2005): “Olvidado Sancho Panza”, en *Avivir*, pp. 22-28, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- MARTÍN-SANTOS, L. (1979): *Tiempo de Silencio*, Barcelona, Seix Barral.
- MURILLO, L. A. (1984): “Introducción” a su edición de *El Quijote*, Madrid, Castalia.
- PÉREZ, M. J. (2005): “Don Quijote-Sancho /Sancho-Don Quijote. Enseñanza-aprendizaje entre el diálogo y la aventura”, en *Actas del VIII.º Congreso Internacional de la SEDLL*, Alicante, Publics. de la Universidad, en CD.